

V.

El retrato.

El día siguiente vió Esther á Gantua al pasar por la taberna.

—Me aburría no verte , mi querida y pícara Esther; un poco más, y pierdo las ganas de comer.

La niña presentó su frente al pintor de muestras, que la abrazó con ternura.

—¿Y Valía?

—Ya no hay más Valía; pero he aquí á Lili.

—¿Otra hermana más?

—¡Mamá tiene cuatro hijos, sin contar un joven que volverá de bien lejos.

—Me gusta Lili. Pero veo que las dos tenéis aspecto de no haber almorzado muy fuerte.

Y tomando Gantua un tono solemne, añadió:

—Penetremos en los salones de la tía Choppe.

Las dos hermanas no se hicieron de rogar , y siguieron al pintor á la trastienda, en donde pidió una docena de bizcochos; esta vez, sin embargo, se contentó con una botella de vino de á franco.

—No se aburre uno contigo,—dijo Lili.

Se creía en un festín. Repartió los bizcochos: cinco para ella, para su hermana cuatro, y tres para Gantua.

—¡Bravo! (dijo éste): veo que sabes muy bien contar.

Debo decir que esta vez no era Gantua tan desinteresado como parecía. Tenía la idea de hacer el retrato de Esther con su caprichoso traje; aquel mismo día puso manos á la obra. Su paleta estaba preparada para pintar una parra, unos racimos y unos pájaros en la portada de una taberna vecina, pues esa era la moda en aquel tiempo. En menos de media hora bosquejó á grandes rasgos aquella preciosa silueta.

—¡Pero tú tienes talento!—exclamó Esther.

—Para dar y vender; pero nadie me lo quiere comprar. Es igual; espero que este retrato me sirva para hacer otros. Lleguen Vds., duquesas y marquesas: veinticinco francos el retrato con su marco correspondiente.

Y á renglón seguido, el maestro decorador pintó sobre la misma tela un precioso marco de ébano.

—¡Pero eso es sorprendente! (exclamó Esther.) ¿Cómo no has hecho ya fortuna?

—Eso es lo que yo pregunto todas las noches al meterme en la cama.

—¡Pobre Gantua! Si tengo suerte algún día, ven á llamar á mi puerta.

El pintor de muestras pidió una segunda sesión para el siguiente día. Esta vez se terminó; se terminó en el punto en que terminaba el arte de aquel buen obrero; porque, como muchos de sus compañeros, no conseguía pasar la línea terrible que separa el obrero del artista. ¡Cuántos obreros han sido conocidos como pintores, solamente porque habían pasado por la Escuela de Bellas Artes, pero que jamás han traspasado las fronteras del reino del arte! No desesperemos, pues, de Gantua. No es ciertamente ni un Velázquez ni un Van Dyck, pero hay algo en él; sabe encontrar la luz, la vida; si un verdadero maestro pasa por delante, y él le sigue, quizás aprenda el camino.

Este retrato de Esther ha estado largo tiempo ante mi vista. Ella me le había regalado. Pero, siguiendo su costumbre de volver á recoger lo que daba, lo tomó un día para enviárselo á Emilio de Girardin. Tengo la esperanza de verlo á recuperar algún día; porque no estuve en la venta de objetos de arte del gran agitador después de su muerte.

Lo que acabo de referir, no es más que el prólogo de una comedia, para reír y para llorar, como las canciones de Esther; comedia en cinco actos, que representa escena por escena la vida de la célebre comedianta; ¡porque Esther adquirió bien pronto renombre!

La Discípula.

Un año después había cambiado todo. Valta firmó la paz con su madre; se le perdonaron sus primeras locuras; pero si bien ha vuelto á la gracia, no así á la casa; abandonó á su primer amante por complacer á su familia, pero no dijo que tomaba otro. Se creía, pues, que vivía en un bonito cuarto de la calle de la Victoria, con los despojos del primero, cuando era con la fortuna del segundo. Su madre se inquietaba algunas veces, cuando la veía algunas alhajas; pero ella decía que las compraba en casa de Bourguignon. De cuando en cuando iba Esther con ella; no se tenía gran confianza en sus virtudes familiares; pero, en cambio, su hermana era una virtud á toda prueba. Aquella niña desafiaba todos los peligros, escudada con su honradez; era un diamante de los que no se venden en casa de Bourguignon; era inaccesible á todas las tentaciones. No tenía más que una idea, una pasión; la comedia. Nunca ninguna joven de elevada esfera aspiró á un

trono con tan ardiente deseo, como anhelaba Esther llegar á ser reina del teatro. Y verdaderamente esta corona es más hermosa, puesto que sólo la alcanza el talento. Delante de ella se podía hablar de todos los placeres con que brinda la existencia; sólo merecían estos por su parte un gesto ó una mirada de desdén. Para ella no existía más fiesta que la del día en que fuera aclamada en la escena por dos mil espectadores entusiasmados; no quería libar los placeres de la vida más que en la copa de Ifigenia ó de Camila.

Entre tanto, era preciso seguir cantando en las calles; pero una mañana, Esteban Chorón, un buen sujeto que había establecido una clase de música religiosa, encontró á las dos hermanas en el boulevard del Temple. Como el poeta que busca consonantes en todas partes, Esteban Chorón buscaba jóvenes para cantar en sus coros. Al oír la hermosa voz de Esther, aquella voz metálica y tan penetrante en su sonoridad, y tan dulce al mismo tiempo en las notas graves, se detuvo á escucharla.

—¿Cómo canta V. esas canciones? (le preguntó.) ¿Quiere V. cantar cánticos religiosos?

Esther miró al maestro con extrañeza.

—No sé, —respondió.

—Irá V. á mi academia.

—No tendré tiempo, porque yo canto para ayudar á mi madre.

—¡Bueno! En ese caso, yo le daré lo que hubiera V. ganado hoy, y vamos á su casa.

Á la señora Bonheur le fué simpática desde el primer momento la bondadosa expresión de Esteban Chorón.

—¡Oh, caballero! (respondió á su proposición): puede V. hacerla que cante en esas iglesias, pues siempre le quedarán algunos momentos para el Dios de Israel.

—He aquí mi tarjeta. La espero mañana.

—¿Y por qué se ha fijado V. en Esther?

—Porque lleva una estrella en la frente.

La niña sonrió.

—Esa estrella, caballero, es un beso de Víctor Hugo. Lo mismo que V., me oyó cantar; se acercó á mí, me dió una canción, y me abrazó.

Desde el siguiente día, Esther entonaba cánticos religiosos con las jóvenes que había reunido Chorón.

Lili estaba inconsolable. ¿Por qué Chorón no se la llevaba como á su hermana? ¿Qué sería de aquella pobre criatura, que no parecía vivir más que con la existencia y la alegría de Esther? Triste y melancólica desde que vió la luz, se habían abierto sus ojos á la vida corriendo con su hermana por las calles; ¿pasaría desde allí en adelante horas y horas encerrada en las buhardillas?

—No llores por eso (le dijo Esther al otro día);

haré novillos por ti; cuando mamá te envíe á algún recado, vas á casa de M. Choron, y le dices que mamá me llama; saldré, y nos iremos á correr al Bosque de Boulogne; porque yo también me moriría de fastidio si no jugara contigo.

—Sobre todo, si estudias demasiado,—contestó Lili con malicia.

Al otro día, Lili fué á buscar á su hermana á la salida de la academia, y no regresaron á su casa sino después de haber corrido por el Bosque á su placer. Poco á poco, algunas condiscípulas fueron también de la partida.

Un día que se paseaba por allí Choron oyendo cantar los ruseñores, se sorprendió agradablemente el oír entonar sus cánticos religiosos con una perfección que jamás había conseguido en su academia. Se dirigió silenciosamente al sitio en que se daba aquel concierto al aire libre, y vió que las que cantaban eran sus alumnas, dirigidas por Esther. El maestro se rió al ver á su más moderna discípula mandando aquel pequeño batallón con la importancia de un director de orquesta. Era cosa digna de verse, cómo, armada de una varita acabada de arrancar, mandaba imperiosamente, con la mayor seriedad del mundo.

La señora Bonheur iba algunas veces á llevar y á buscar á su hija; pero por lo regular le era imposible, pues tenía que cuidar de sus otros

hijos; por otra parte, estaba tranquila, pues sabía que la joven nunca habría hecho mal uso de la libertad que le concedía.

Siempre Esther fué salvada por Esther, gracias á su gran corazón y á su mucho talento. Otra en su lugar se hubiera perdido mil veces en ese París que devora tantas jóvenes; pero Ester se burlaba y se reía de todo; así es que el que quería hablarla de amor era muy mal recibido. La virtud de su madre se le había transmitido; se entretenía con cualquier broma, con cualquier cuento picaresco, pero no se distraía con declaraciones amorosas. Nunca había leído ningún libro inmoral; más aún: nunca dejaba de volver la hoja cuando, al leer la Biblia, encontraba algo que le parecía ofensivo á su candor.

He visto cartas tuyas, de cuando tenía catorce años; estando en la academia de Choron, escribía á su madre:

Me quieren mucho. Por otra parte, siempre conservo el nombre de Gorrión; bien es verdad que lo merezco, pues hago tantas tonterías como uno verdadero. Merezco también los besos que tú me darás; no olvides abrazar en mi nombre al pequeño que pierde los zapatos.

Y firmaba GORRIÓN.

¿Por qué Gorrión?

Porque tenía la malicia de ese pajarillo, ó

porque habría aprisionado alguno con su mano al darles pan en la ventana de su buhardilla. Encantaba á los pájaros, sin pensar siquiera en encantar á los hombres.

Costaba gran trabajo conseguir que fuera una buena discípula, pues en vez de asistir á la academia, le agradaba más hacer novillos. Así es, que, para volver á la gracia de Chorón, le escribía una vez lo siguiente:

Mi querido maestro: Ruego á V. me dispense si no asisto hoy á clase, porque he ido al Bosque de Boulogne, sintiéndome tan fatigada, que me llevó mamá al baño y después á casa. Almorcé, y me acosté. ¡ Ah! ¡ no me riña V. ! ¡ duermo tan bien! ... ESTHER.

En la carta había más de cuatro faltas de ortografía, y otras tantas palabras que no eran verdad, empezando por el baño.

¿Pero cómo evitar aquellas faltas de asistencia á la clase, estando la academia tan cerca del Bosque de Boulogne? ¿Qué de particular tenía que se equivocara de puerta, y, en vez de dar lección, se fuera á coger violetas y nidos de pájaros?

Chorón se equivocó acerca del valor de la voz de Esther.

Servía para la declamación, pero no para el canto. Contaba con una contralto, pero Esther pasaba del diapason.

Un día encontró á Saint-Aulaire, que era profesor del Conservatorio.

—Tengo que dar á V. una maravilla.

—¡Tengo ya tanto malo!

—Yo pagaré su pensión; podrá V. sacar una gran comedianta.

Y he aquí que Esther fué á estudiar todos los días á casa de Saint-Aulaire. Á la primera lección, fué del mismo parecer que Esteban Chorón; pero no fué comprendido su genio. Quiso hacer de ella una graciosa de Marivaux, ó una criada de Molière.

Continuó siendo una indisciplinada. Iba á clase cuando le parecía, corriendo por los cafés, ya que no por las plazas públicas, uniendo siempre á su orgullo natural su alegría de bohemia.

Saint-Aulaire trabajaba sin cesar para conseguir dominar aquel carácter rebelde. Le había tomado cierto cariño, porque, á pesar de sus diabluras infantiles, no dejaba de comprender que valía mucho. Fué á un mismo tiempo para Esther maestro de escuela y profesor de declamación. Su madre la había enseñado á leer y á escribir. Él la enseñó á leer hermosos libros, y á escribir ejemplos del mejor estilo.

—¿Qué lee V., hija mía?—le preguntó en cierta ocasión.

—La Biblia.

—¿Pero la comprende V.?

—No del todo. He leído la historia de las mujeres de Jacob, Raquel y Lia, que fueron bendecidas por el Señor. En ella he visto que tenían hijos gracias á sus criadas, lo que me ha parecido muy cómodo.

—Pues bien, niña: no es necesario leer la Biblia; pero hace falta leer el Evangelio.

—¡Ah! Sí; el Antiguo Testamento es demasiado viejo, y es menester leer el nuevo.

VII.

El caballo de copas entre dos Reyes.

Las discípulas de Saint-Aulaire representaban comedias y tragedias en la Sala Molière. El director del Teatro Francés iba por allí tan á menudo como al Conservatorio. Estas lumbreras del arte se encuentran en todos lados.

Esther representaba *Marinette*. Aunque poseía todas las picardías de su papel, le faltaba la alegría comunicativa. No se refa más que á medias. Y, sin embargo, según había dicho Saint-Aulaire, tenía un pico de oro. El director no se quedó convencido; volvió otra vez, un día de tragedia. No se quedó poco sorprendido al reconocer á Esther en Hermione. Aquello fué una revelación. Corrió en busca de Saint-Aulaire.

—Está V. loco (le dijo), dando papeles de criada á esta joven; es una trágica maravillosa.

—No es por falta de voluntad (dijo discretamente Esther, que quería mucho á su maestro). Pero cuando me hace representar en su casa, estoy detestable; en cambio, cuando me encuentro